

**Presentación número especial y preludeo**  
**El Pensamiento Emancipador en América Latina:**  
**Crónicas de un viaje por las ideas de libertad y**  
**dignidad**

María Lourdes González-Luis (Kory)

*Universidad de La Laguna (ULL), España*



mlgonzal@ull.edu.es



ORCID ID: 0000-0003-0971-4758

El presente número de la Revista RIESED es el resultado de las contribuciones de un nutrido grupo de pensadores y pensadoras que, desde diversas ópticas, colocan su mirada en torno a un núcleo común de inquietudes inspiradoras, a saber: las asimetrías, las desigualdades, la invisibilidad, la desmemoria y la indiferencia...es decir, la realidad hostil de la historia de un modelo mundo marcado por el latrocinio, el monopolio de la prosperidad y el secuestro de la vida digna como derecho inalienable de todos y todas. ¿Cómo medir el alcance de la felicidad desde estos parámetros?

Los insuperados problemas del desarrollo desigual, el extractivismo sobre el planeta y sobre la vida en su conjunto, un futuro hipotecado, pobreza, incultura y aculturación, racismos internos, xenofobias, violencias de género expresadas en inveteradas formas de discriminación, sometimiento, explotación, silenciamiento...; en síntesis, los mil rostros del sufrimiento humano y de un hábitat insostenible con porvenir incierto, junto a los vertiginosos cambios en todos los órdenes, la aceleración de los tiempos, la telematización y configuración del simulacro definitivo de la vida virtualizada, la desnaturalización de las relaciones sociales, la pérdida del sentido comunitario, las vidas simuladas, las vidas administradas, la vida dañada...y, en medio de todo esto, el papel cómplice o transgresor de la educación, conforman el hilo conductor de las preocupaciones compartidas en las reflexiones volcadas por los autores y autoras de este volumen.

Pero en este tapiz de desvelamientos, análisis de realidad y denuncia frente al dolor o el desvarío del mundo, hay también un anuncio esperanzado, un compromiso pedagógico y, por tanto, ético-político y social fundado en el rescate de una memoria fecunda que resulta hoy, más que nunca, urgente. Este compendio de aportes constituye un apunte hacia un proyecto problematizador (no en vano ambas palabras tienen la misma etimología), que, desde diferentes lugares, estilos, experiencias e intereses heurísticos, miradas locales y/o globales, comparativas o emergentes, coinciden

en el sustento de un pensamiento crítico que busca en la tradición emancipadora las fuentes de un invento, que habrá que propiciar para evitar el naufragio. Todo ello desde una vieja convicción, la de que América Latina pueda ser el bote salvavidas.

## **Preludio: América Latina y el Caribe como escenarios para un ensayo irreverente**

La identidad latinoamericana podría verse como el producto de un proceso que comienza con la colonización. Su desarrollo tiene en el sistema colonial su primer obstáculo; se busca reproducir los patrones de la nación colonizadora, pero paradójica y dialécticamente, por tratarse de un sistema de dominación, de explotación, va a provocar una respuesta que camina en dirección de la formación de otra identidad. Nos dice Casimir:

*Los pueblos latinoamericanos y caribeños se formaron durante la colonización y no antes. Resulta imposible, por consecuencia, comprender su dinámica cultural (que no necesariamente es diferente a la de otras culturas), cuando no se toma en cuenta la relación original de sumisión y de rebelión de estos pueblos, y, sobre todo, su sujeción a unos esquemas culturales ajenos. (1997: 260-261)*

En otra instancia, dice:

*Todas las culturas latinoamericanas y caribeñas fueron creadas por grupos humanos en conflicto permanente con el sistema dominante. La cultura caribeña es una respuesta a la sociedad de la plantación, no es la cultura de la sociedad de la plantación. (1997: 118)*

Ahora bien, hay una pregunta importante: ¿hasta qué punto se ha articulado esa definición de identidad latinoamericana y caribeña desde los mismos pueblos, a través de sus pensadores, escritores, artistas y otros? Escogimos las referencias de algunos preclaros líderes que pensaron e imaginaron la América latina y el Caribe en el momento mismo de su primera definición, en el transcurso del siglo XIX: Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos, José Martí, Gregorio Luperón, por los antillanos, figuras emblemáticas de lo que se ha dado en llamar la construcción del Caribe; Simón Rodríguez, Bolívar, Miranda, Vasconcelos, Mariátegui, entre otros, para el resto del subcontinente. En cada uno de sus países, ellos sentaron una pauta, la manera esencial de mirar no sólo la nación sino a la realidad continental del sur. Son ellos los que sembraron las primeras raíces de la búsqueda identitaria. Forjaron, por decirlo así, la primera utopía integradora, la de las muchas Américas Latinas y Caribes, como entidad, como región, como nación, como unidad en lo diverso. Utopía aún inconclusa, no necesariamente por imposible, sino porque se trata de un proyecto inacabable, fustigado, siempre en lucha, siempre agónico y renaciente.

Han sido, en este sentido, un norte, un derrotero, durante el largo periodo de la *pax americana*, y lo serán, indudablemente, en los tiempos de la globalización y el neoliberalismo.

Pero ¿cómo vieron estos adelantados tamaña construcción imaginaria? ¿Cuáles son los elementos comunes que vieron como parte fundamental de una identidad propia y mestiza capaz de articular un proyecto emancipatorio?

Permítasenos una breve digresión para mencionar un concepto que creo que podría ayudarnos a entender estas dinámicas relativas al surgimiento de las identidades. Nos referimos al acercamiento a los fenómenos nacionales como *comunidades imaginadas*, que encontramos en los trabajos del antropólogo Benedict Anderson (1993).

Convenimos con Anderson cuando define las naciones como comunidades imaginadas por sus miembros como territorios limitados y soberanos que comparten lazos de solidaridad horizontal. Las naciones no son, por lo tanto, ni producto de determinaciones geográficas, económicas o políticas ni simples fabricaciones artificiales, sino creaciones culturales enraizadas en procesos históricos y sociales. Las identidades nacionales no son, como afirmó Oscar Terán: «...bellas durmientes de la historia que aguardan al príncipe azul nacionalista que las arranque de su triste letargo» (1995: 405), sino que dependen de que, basados en esos procesos históricos y sociales a los que hace referencia Anderson, sus miembros imaginen una comunidad.

No es de extrañar que nuestros pensadores bandera iniciaran el proceso de imaginar a la América Latina y las Antillas como *la América toda, la Nuestra América, la Patria Grande*, como una comunidad en el fragor de las luchas por la independencia. Pero no es sólo la lucha por la independencia de estas naciones lo que les hace pensar en ellas como una sola cosa, es también su premonición antimperialista que les permitió ver el acecho norteamericano que podría dar al traste con esa independencia.

América Latina tiene una rica tradición de pensamiento propio. En las ciencias sociales destacan los discursos y praxis que desde el S.XVIII emergieron y dieron cuerpo a los proyectos emancipadores y liberadores. Las teorías y prácticas de descolonización, así como las aun pertinentes propuestas de decolonialidad, se han sucedido en el seno de una realidad híbrida e inacabada. El estructuralismo, la teoría de la dependencia de raigambre marxista y, en otros ámbitos, la teología y la filosofía de la liberación, así como las más recientes, sustentadas en las epistemologías del sur, una posmodernidad alternativa y las experiencias contra-sistema desde el feminismo, el indigenismo y el ecologismo, están construyendo otra idea de comunidad, proponiendo un modelo económico-político-ético y social claramente enfrentado al continuismo de un sistema agotado aunque avasallante, asimétrico y depredador que pretende perpetuarse.

Este pensamiento original ha tenido la capacidad de pensar y repensar a América Latina y a sus pueblos como una región inmersa en el sistema capitalista mundial, bajo el control y dominio de poderes coloniales y poscoloniales, que determinan su condición periférica y subdesarrollada. En estos países prevalecen condiciones de desempleo estructural, dependencia tecnológica y extractivismo de recursos naturales. La transferencia sistemática de valor de las periferias hacia el centro se traduce en una incapacidad crónica para generar procesos de acumulación soberanos. Por lo que el binomio dependencia-liberación permanece irresuelto.

Esta situación se ha venido a agravar con la expansión del capital monopolista internacional y la consustancial aplicación de los programas neoliberales de ajuste estructural. El pensamiento propio, crítico y liberador fue ofuscado por un llamado pensamiento único, de raigambre neoclásica, neoliberal y neoconservador.

Repensar el mundo y el papel de los pueblos periféricos es una tarea primordial para entender la cultura, el desarrollo y la migración. Renunciar a ello y seguir pensando y abordando de manera aislada la cultura, la migración, el desarrollo, el papel de las mujeres, las etnias, los y las sin tierra ni empleo ni futuro, es decir, seguir mirando la pobreza, la marginación, desde una óptica obsoleta y con los conceptos y marcos teóricos del parámetro hegemónico nos conduce hacia un callejón sin salida.

Por eso nuestra historia no puede estar más que orientada por la interrogación sobre nosotros mismos, sobre lo que hoy es dominante, sobre lo que somos y, al modo genealógico, detectar las condiciones de posibilidad de este presente, y siempre con el propósito de disolver o relativizar las evidencias, las certezas, las familiaridades que habitamos y nos habitan: el capital dibuja el mundo, el mercado capitanea el barco, sólo lo real es verdadero, sólo es válido lo que funciona, la crítica ya está incorporada al sistema, el consenso se ha alcanzado o se alcanzará, la educación se centra en la infancia (en parte de ella, para ser más exactos), la educación es el vehículo civilizatorio, el narcisismo terapéutico del nuevo individualismo marca la ruta, la moralización y normalización de la educación de masas es el logro, la educación ha de seguir el orden del discurso...

Empezar por desactivar estos dispositivos subordinados a una lógica global, pero desde un nuevo pensamiento crítico que no puede ser más que pensamiento liberado, es el desafío a los antiguos desafíos, la crítica de la crítica. Y cuestionar nuestro presente, sus causas, no es sino intentar comprender cómo es el mundo, cómo se nos presenta, a través de la memoria, descubriendo las líneas de fuga que nos reconduzcan para hacer confluir, desde la complejidad, una interpretación y una búsqueda alternativa y alterativa.

Ante lo aparentemente convergente, el investigador inquieto debe divergir de las respuestas enanas. Y maldecirlas. Pero no vale sólo con mostrar la náusea, el sarcasmo... contra las respuestas miopes que cierran el callejón; hay un imperativo que tiene que ver con la formación, con la conciencia inquieta y desarmada. Y es la obligación de seguir nombrando lo innombrado, interrogando, fundando nuevas preguntas, en la divergencia, en la disidencia, en la impertinencia, el imperativo que nos lleva a continuar en esta travesía pedagógica.

Tal vez la propuesta sea desordenar el discurso, aprender a confundir el juego, a mezclar los terrenos, a hacer borrosos los colores, porque en palabras de Larrosa

*«El lenguaje, ya familiar, de la represión, la mistificación o la alienación quizá no sea el que permite formular las mejores hipótesis de trabajo. El juego de la liberación puede ser un juego previamente marcado. La buena conciencia progresista quizá ignore sus servidumbres» (1995: 14).*

Es por ello por lo que entendemos América Latina y el Caribe como escenarios para un ensayo hebreo. Constituyen un espacio privilegiado para la invención, especialmente marcado por sus condiciones de revalidación de la memoria, interpretación de los signos de los tiempos, producción intelectual renovada, creación artística fértil y emergencia continuada de narrativas resistentes, alumbradoras de nuevos discursos pedagógicos.

Los elementos propios de la América Latina en cuanto a las conformaciones de modelos, de identidades, de proyectos de hombres y sociedades que han venido sugiriéndose y emergiendo en el seno de los procesos emancipatorios aún inacabados, deberán permitirnos ir imbricando, sin confusión, características étnicas y culturales, constituciones sociales, formaciones de los estados modernos, construcción de mentalidades, avances en los saberes, cosmovisiones, construcciones políticas, configuraciones de la democracia... e ir poniendo en evidencia las dificultades económicas y sociales condicionantes, el peso de las dependencias, etc. y su articulación con las disfunciones políticas e ideológicas que nos ayuden a esclarecer ideas y realidades, así como ir tejiendo los hilos para la posible confección –aún por realizar– de una “historia de las influencias”.

El XIX, el XX y las dos primeras décadas del XXI latinoamericanos han sido especialmente fructíferos en cuanto a la producción de novedades integradoras en el ámbito del discurso y los estudios culturales. De forma que, el objetivo final de un proyecto que pretenda encuadrar Memoria, Cultura y Complejidad, concurrirá en la integración, hasta donde sea posible, del Saber Científico, de las Ciencias Sociales y de las Humanidades en su conjunto.

Tal vez, la pretensión más sencilla e importante, más allá de cualquier aspecto utilitario, es la de sugerir que aquella, la “Nuestra América” de Martí, Hostos, Bolívar o Rodríguez y Freire; la del exilio, el mestizaje y la deuda; la de las convergencias y disidencias, la de las utopías y soledades de más de cien años, no nos es de ninguna manera ajena, y que comprenderla es comprendernos y, tal vez, ... transgredirnos. ➤

## Referencias

- Anderson, B. (1993): Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México, FCE.
- Casimir, J. (1997): La invención del Caribe. Río Piedras, Editorial de la UPR.
- Larrosa, J. (Ed.) (1995): Escuela, poder y subjetivación. Madrid, Colección Genealogía del Poder, Ediciones La Piqueta.
- Terán, O. (1995): La nación en la Sociología y la Moral social de Hostos. En López, J. C. (ed.): Hostos: Sentido y proyección de su obra en América. Río Piedras: Instituto de Estudios Hostosianos, UPR y Editorial de la Universidad de Puerto Rico